

MONOGRÁFICO I

TÁCITO

Coordinado por
Clelia Martínez Maza

Introducción

En diciembre del 1808, Thomas Jefferson, a la sazón presidente de los Estados Unidos de América, escribía a su nieta Anne Cary Randolph Bankhead y la felicitaba por las dos lecturas que había reservado para el invierno. La elección de la adolescente, que contaba entonces con 17 años incluía, junto a la Vida de Cicerón de Thomas Middleton, la obra de Tácito. Su abuelo expresaba su opinión sobre el autor en la misiva: “considero a Tácito el primer escritor del mundo sin excepción. Su libro es un compuesto de historia y moralidad del que no hay otro ejemplo”¹. Con la misma admiración se expresaba Thomas Gordon (1728-1731), el traductor y comentarista de Tácito más reconocido en los círculos angloparlantes del periodo que afirmaba que “a quien lee atentamente a Tácito le vienen a la mente mil y una reflexiones que deben llenar su corazón de angustia ante la deplorable suerte de un pueblo esclavizado y oprimido, y de amargura contra sus tiranos y opresores. A menos que haya endurecido su corazón frente a todo impulso de humanidad y compasión, a menos que no sepa distinguir lo correcto de lo que no lo es, el verdadero significado de la libertad y la verdad, debe sentirse golpeado por las tristes escenas que tiene ante sí, la inocencia que sufre, la crueldad que devora, la iniquidad exaltada y poderosa, la virtud perseguida y finalmente extinguida. Debe regocijarse en su propia suerte y la de su país; debe aborrecer toda práctica y principio que rechace la libertad y cause servidumbre, y aborrecer también a los hombres que asumen tales principios y promueven tales prácticas. Y de manera proporcional, debe encontrar placer al ver florecer la causa de la libertad, al verla tan bien explicada, reivindicada y recomendada”².

La percepción de estar leyendo no solo una obra maestra de la historia de Roma sino una guía para entender el propio tiempo, una forma de concebir el gobierno y una denuncia de los males que sobrevuelan la acción de cualquier gobernante de cualquier época es una muestra de la profunda huella que dejó Tácito y del entusiasmo con el que su obra fue leída, consultada y aplicada en la vida política de Europa y América. Este mismo espíritu entusiasta es el que ha movido a especialistas de distintas disciplinas a volver una vez más sobre Tácito y a proponer una reflexión sobre su producción historiográfica que ha dado como resultado las diez contribuciones que presentamos a continuación.

¹ Letter from Thomas Jefferson to Anne Cary Randolph Bankhead [en A.E. Bergh, A.A. Lipscomb (eds.), *The Writings of Thomas Jefferson*, XVIII, Washington, 1903], p. 255].

² Thomas Gordon, “Discourses upon the History of Tacitus”, [en *The Works of Tacitus in four volumes to which are prefixed political discourses upon the author*, Londres (1737)], Introduction.

Los trabajos han sido ordenados cronológicamente atendiendo a la datación de la obra de Tácito objeto de cada estudio, de manera que aparecen, en primer lugar, aquellas contribuciones centradas en *Germania*, para continuar con las que ahondan en temas desarrollados en *Historias* y, por último, en *Anales*. Un último bloque recoge las dedicadas a la recepción de Tácito desde el siglo XVI, no casualmente en paralelo con la vitalidad que alcanza nuestro autor como referente de prestigio entre los estadistas.

Los dos primeros trabajos se acercan a *Germania*, una obra considerada menor dentro de la producción tacitea, pero particularmente interesante no solo por la descripción que proporciona de los pueblos barbaros sino por ofrecer al mismo tiempo un retrato de la sociedad romana. Y así, Pablo C. Díaz indaga en su trabajo sobre la utilidad pública de una obra de carácter etnográfico inicialmente destinada a describir a los pueblos germanos, pero que permitía también mostrar las debilidades del ejército romano, a la par que las de los germanos, que pasan a ser un objetivo vulnerable.

Guillermo Alvar Nuño se centra de manera más específica en los banquetes que, en *Germania*, ofrecen, además de una dimensión puramente alimentaria, una perspectiva ética. Alvar Nuño plantea una visión diacrónica del banquete entre los germanos y en paralelo entre los romanos, recogiendo cómo los usos conviviales, el tipo de alimentos y las maneras de comer de los primeros evolucionan en consonancia con la progresiva integración de estas gentes en el Imperio.

La capacidad analítica de Tácito y su aguda disección de los grandes protagonistas de la política imperial para extraer de ella categorías morales ha sido objeto de atención en otro conjunto de aportaciones.

Juan José Palao examina el retrato que Tácito ofrece de los centuriones para determinar hasta qué punto reproduce arquetipos anteriores o, si como propone, son recuperados al servicio de su propia obra. Si los vicios son recogidos, a juicio de Palao, como reflejo de la decadencia moral y política que afecta a la sociedad, en particular desde la dinastía Julio-Claudia, finalmente prevalecen las virtudes que caracterizan este rango militar, exhibidas en el combate enemigo y muestra de las que adornan al pueblo romano.

Por otro lado, Catalina Balmaceda trae a colación, por un lado, las nuevas virtudes con las que Tácito describe en sus obras a los grandes personajes del momento, capaces de mantener independencia de criterio y una libertad tanto más valiosa si cabe bajo el gobierno de príncipes nefastos. Por otro, aborda la crítica de Tácito acerca de los nuevos caminos de promoción, que abandonan el discurso tradicional del mérito para acomodarlo a los requeridos por el nuevo régimen de gobierno. Una mirada similar es la que propone Pepa Castillo sobre Galba, un *princeps* carente de carisma a ojos de Tácito. El análisis de su principado, la forma con la que accede al poder y la percepción que sobre su

carrera y ascenso político tenía Tácito permite entender, a ojos de la autora, que el emperador se presentara como una etopeya de Nerva.

Esa aproximación que incide en el retrato de vicios y virtudes deja su huella también en la descripción de grandes mujeres. Pilar Pavón escoge tres de ellas que recibieron la atención de Tácito, sobre todo por su ejemplo de *fortitudo* frente al abuso de poder. Tácito exalta, de este modo, la virtud por encima de la condición social, sin distinguir hombres de mujeres, romanos de bárbaros, sin importar la condición social. Aunque su margen de actuación fue distinto, las tres supieron gracias a su fortaleza defender, sin la ayuda de varón alguno, unos principios comunes a todas ellas como eran la defensa de la familia, la patria y el pueblo, aun a riesgo de perder la vida.

La excelencia de Tácito como historiador se exhibe en detalles como los que analiza Juan José Ballesteros en su contribución. En su análisis del capítulo dedicado al viaje egipcio de Germánico puede comprobarse cómo nuestro autor aprovecha una anécdota singular para reflexionar sobre el trabajo del historiador y los métodos de la investigación histórica, y presentar además la complejidad de la política del principado.

Las tres últimas contribuciones finales están dedicadas a la recepción de la obra tacitea y se disponen igualmente atendiendo a un criterio cronológico.

El trabajo de Beatriz Antón se adentra en el terreno de la recepción de la obra de Tácito en pleno renacimiento italiano para abordar una de las obras del jurista Andrea Alciato, máximo representante de la primera generación de estudiosos de Tácito. Por primera vez se presenta una edición crítica y una traducción en español de su Epístola nuncupatoria (conocida como *Historiae encomium*), en la que Alciato desarrolla una entusiasta defensa de Tácito, ensombrecido hasta entonces por Livio, más aclamado en tiempos medievales. El jugoso aparato crítico que acompaña la traducción resulta particularmente valioso a modo de guía para acercarse al contexto intelectual del momento y valorar la trascendencia de este opúsculo en la promoción de Tácito como historiador de cabecera de la clase política de los siglos XVI y XVII.

Una reacción diametralmente opuesta es objeto del trabajo de Teresa Cid, que analiza las razones por las que los eruditos españoles de finales del siglo XVI y principios del XVII eran reacios a publicar versiones de Tácito al castellano. Ejemplo de este ambiente de recelo hacia el historiador latino es la obra *Censura sobre los Anales y las Historias de C.C. Tácito...* A pesar de que la obra fue publicada bajo pseudónimo, la autora logra identificar, mediante el cotejo y análisis de obras contemporáneas, a su supuesto autor, la autocensura impuesta, cuando no la identidad oculta, al igual que en otros escritos, consciente de que podía alimentar interpretaciones erróneas alejadas del espíritu compartido por las obras de Tácito.

La contribución de Clelia Martínez Maza culmina el recorrido al otro lado del Atlántico para analizar la influencia de Tácito en todo el periodo revolucionario y constituyente que dio lugar a la formación de los Estados Unidos de América. Si una particular relectura de *Germania* ofrecía a los padres fundadores referentes autoridad para legitimar su rebelión, los *Anales* y las *Historias* mostraban los abusos y la degeneración del poder imperial y refrendaban como la mejor fórmula política para el nuevo gobierno a la república.